



Ciencia y filosofía durante la Ilustración Latinoamericana

ALBERTO SALADINO GARCÍA*

A José Antonio Alzate y Ramírez, símbolo de la Ilustración novohispana, en el bicentenario de su fallecimiento.

Science and Philosophy During the Latin American Illustration

Abstract. *During the XVIII Century, in the Iberian colonies the study of different types of rational knowledge had reached certain prominence due to new interpretative and research methods as well as the introduction of new themes. As a consequence, both scientific explanations and philosophic interpretations were carried out under the influence of the radical cultural movement known as the Illustration, the characteristics of which gave them their historical singularity and even their implications had wider effects by setting up the pattern for the struggle toward political and cultural independence in most Latin American societies since there were scientists and thinkers who sacrificed their lives and in other cases used their abilities to outline a blueprint for the design of our nations.*

I. Contexto

A punto de finalizar otra centuria, se impone la pertinencia de reflexionar acerca del compromiso social, esto es, del papel revolucionario de los dos saberes racionales que han singularizado a la época moderna: el científico y el filosófico. En virtud de que en los dos anteriores ocursos de siglos se efectuaron diversas consideraciones con respecto a sus usos y beneficios, de ellos destacan los apuntamientos que

se efectuaron en el siglo XVIII, particularmente por sus implicaciones políticas —que permitieron el surgimiento de la mayoría de países latinoamericanos— y culturales, pues aconteció un importante dinamismo que abarcó diversas manifestaciones, varias de las cuales tuvieron resonancia social.

Si bien en las colonias latinoamericanas durante el siglo XVIII no acontecieron transformaciones de la envergadura de las que ocurrieron en los países europeos, como la revolución industrial en el plano económico o la revolución francesa en el ámbito político; la revolución social evidenciada por la hegemonía de las clases sociales del capitalismo —la burguesía y el proletariado— sí resintió sus consecuencias. En el ámbito de la revolución cultural, cuyos ideales y actitudes fueron sintetizados por la Ilustración, las colonias americanas no sólo hicieron eco a este movimiento, sino que lo desarrollaron con tal singularidad que se puede hablar de la existencia de la Ilustración Latinoamericana, motivo por el cual ahora se destacará este aspecto.

En efecto, con justa razón se ha forjado una concepción positiva del periodo ilustrado latinoamericano al resaltarlo como uno de los capítulos más interesantes de la vida intelectual de nuestros pueblos, los estudios existentes al respecto lo demuestran, pues

lo han revelado como una brillante etapa de investigación científica en la que sobresalen las antinomias entre la ciencia y la filosofía modernas frente a la escolástica y a las posturas tradicionalistas, la clarificación de la obra de científicos y comunidades interesadas en la ciencia nueva, la explicación de la función de las instituciones y expediciones, así como la edición, análisis y referencias de publicaciones periódicas (Arnaiz y Freg, 1964: 431). Todo lo anterior se explica por la manera en que se conceptuó a la Ilustración: como una forma de pensar la realidad, mediante posturas críticas, cuestionadoras del principio de autoridad y del dogmatismo, portadora de las bases para la autosuficiencia humana al ensalzar los alcances y roles de la razón; además, se definió como expositora de los intereses e ideología de una nueva clase social, la burguesía, y se erigió como la visión ordenadora de los saberes y los valores, al igual que propaladora del eclecticismo y de su incomensurable fe en el progreso, con el que sustentó sus posiciones de inigualable optimismo.

La explicación del compromiso social de la ciencia y de la filosofía en dicha centuria aconteció por el cultivo de estos rasgos culturales, por cierto los más importantes de la vida colo-

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México. Tel.: (72) 13 14 07.

nial latinoamericana. En consecuencia, la segunda mitad del siglo XVIII se convirtió en una época de significativo dinamismo cultural por el establecimiento y fomento de instituciones y empresas orientadas a reformar los saberes.

Así, en el plano educativo, se fundaron nuevas instituciones, orientadas a la renovación de contenidos y métodos pedagógicos, incluso apareció la enseñanza de género y la promoción de establecimientos laicos. Una muestra de ellos fue la creación del Colegio de las Vizcaínas, en 1767, para niñas, y el establecimiento de las principales instituciones educativas promotoras de la transmisión de la ciencia moderna y de temas de la nueva filosofía, como fueron los casos de la Escuela de Cirugía, en 1768; la Real Academia de San Carlos, en 1781; el Real Seminario de Minería, en 1792, en la ciudad de México; y la Universidad de Guadalajara, en 1793; todos jurisdiccionarios al virreinato de la Nueva España; la Universidad de San Jerónimo, en 1728, en La Habana, correspondiente a la capitania de Cuba; la Universidad Tomista, en 1768, en Santafé de Bogotá, bajo las auspicias del virreinato de Nueva Granada; el Real Colegio de San Carlos, en 1783; y la Escuela de Náutica, en 1799, en Buenos Aires, adscritos al virreinato del Río de la Plata.

El contacto con mentalidades científicas europeas permitió contribuir a la diseminación de la filosofía experimental. Los principales integrantes de las expediciones científicas organizadas durante el siglo XVIII, para atender las necesidades mercantiles e industriales del capitalismo, las exigencias económicas de las coronas ibéricas y los requerimientos teóricos y experimentales de los nuevos saberes desempeñaron papeles de fundamental importancia. La relación de los principales viajes de estudio es la siguiente: la expedición de la Academia de París a la Provincia de Quito para de-

terminar la forma de la tierra con la participación de Luis Godin, Pierre Bourger, Charles La Condamine, Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa; la encabezada por Louis Feuillé a las costas caribeñas de Nueva Granada; el viaje de Pedro Loefling por el río Orinoco; la permanencia del austriaco Nicolás José de Jacquin en las costas del Caribe; las promovidas por los reyes ibéricos a sus posesiones americanas como la integrada por Hipólito Ruiz, José Pavón y José Tafalla a los territorios de Chile y Perú; la de Martín de Sessé, Vicente Cervantes, José Longinos y José Mariano Mociño en la Nueva España; la encabezada por José Celestino Mutis a la América Septentrional; la realizada por Alejandro Malaspina; la de Alexander Rodríguez Ferreira al Brasil. Como epílogo de todas ellas puede enlistarse la que emprendieron Alejandro de Humboldt, alemán, y Amado Bonpland, francés (Saladino García, 1995: 49-54).

La labor pedagógica de varios de los expedicionarios debe ser resaltada, pues compartieron sus saberes con la intención de formar discípulos, tales fueron los casos de José Celestino Mutis, Vicente Cervantes y Alejandro de Humboldt, quienes enseñaron en varias instituciones: el primero, en el Colegio Mayor del Rosario en Santafé de Bogotá; el segundo, en la Real y Pontificia Universidad de México; y el tercero, en el Real Seminario de Minería, en la Nueva España. Adicionalmente a la loable actividad docente que desempeñaron, crearon o consolidaron instituciones abocadas al cultivo de los novedosos saberes racionales, como la cátedra de matemática, fundada por José Celestino Mutis, en 1762, en Santafé de Bogotá, y la de botánica, dirigida por Vicente Cervantes en 1788, en México. Con el propósito de erigirlos en centros de investigación fueron creados los jardines botánicos de Río de Janeiro, Guatemala, México y Santafé de Bogotá; así como el observatorio astronómico

de esta última ciudad. Junto a esa pionera actividad debe agregarse la producción bibliográfica y hemerográfica de los expedicionarios, donde legaron sus aportes, producto de sus investigaciones realizadas en tierras americanas.

Sin lugar a dudas, contribuyeron a la ambientación de los nuevos saberes los fondos bibliográficos enriquecidos durante todo el siglo XVIII, en esa época conocidos como librerías. Las librerías de entonces, hoy inconfundiblemente identificadas como bibliotecas, fueron de dos tipos: comunes y particulares. Además, en los últimos años de dicha centuria se crearon las dos primeras bibliotecas públicas. Las bibliotecas comunes eran las conventuales, las de los seminarios, las de los colegios y las de las universidades. Las particulares pertenecieron a hombres de cultura, entre las que destacan la de Antonio León y Gama, en México, con más de 700 volúmenes (Osorio Romero, 1986: 127-136) y la de Miguel Feijó de Sosa, en Lima, que acopió casi mil títulos (Lohmann Villena, 1984: 367-383). Las primeras bibliotecas públicas que se establecieron en las colonias iberoamericanas son la Real Biblioteca Pública de Santafé de Bogotá, inaugurada en 1777 y la Biblioteca Pública de Quito, fundada en 1791.

Hubo mecanismos ilegales que contribuyeron a la expansión de los nuevos conocimientos científicos y filosóficos, como el contrabando en el comercio de libros. Para probarlo léase la información siguiente del Brasil: "... Papeles, gacetas y libros eran vendidos en los muelles por marineros ingleses. Revelan los *Autos de Indagación* que Tiradentes, en 1788, anduvo procurando en Río libros que tratasen de las revueltas de los ingleses. El *Almanaque de la Ciudad de Río de Janeiro*, de 1792, mencionaba la existencia de una sola librería; mas el de 1799 acusa la existencia de dos. ¿Qué libros serían vendidos en ellas?... Todo impreso en el reino, evidentemente. Los

buenos libros, los libros auténticos, entraban de contrabando” (Sodré, 1983: 14).

Este conjunto de acciones, decisiones y promociones culturales impactó en la creciente importancia que se otorgó a la ciencia nueva y a la filosofía moderna.

La causa principal del desarrollo de ambos tipos de saber provino de la autoconciencia de los estudiosos del siglo XVIII acerca de sus valores para generar inéditas interpretaciones de las distintas manifestaciones de la realidad, por la novedad de haberse colocado más allá de los dominios de la teología. En consecuencia, la principal implicación del cultivo de las ideas, contenidos y valores de la Ilustración consistió en practicar la orientación laica de la ciencia y de la filosofía.

Además de la posición laica, otros factores que permitieron el fomento de la Ilustración, que por cierto mediante la ciencia y la filosofía renovadas se retroalimentó, fueron los procedimientos investigativos y el abordaje de temas antes soslayados. Eso es palpable por el ímpetu cultural del último medio siglo de vida colonial latinoamericana, singularizado por las interpretaciones y contenidos en libros de textos, en tesis filosóficas, en publicaciones periódicas, en la justificación de la modificación de planes y programas de estudios, entre otros. Participaron tanto religiosos como laicos, entre aquéllos destacan los jesuitas, de los segundos tenemos una nómina amplia de prohombres forjadores de la conciencia patria.

La mayor sensibilización a favor de lo nuevo, del espíritu renovador, lo aporta la manera como se explican los fenómenos de la naturaleza: el carácter experimental de su verificación, los deseos de observar y constatar directamente, que se erigieron en pruebas irrefutables en favor de la aceptación de la ciencia como saber racional irrefutable. Por lo que respecta a la nueva filosofía, ésta surgió y se impulsó

como el principal esfuerzo por trascender el infértil escolasticismo al intentar recuperar al hombre como tópico fundamental de reflexión, de tal manera que propugnará un cambio de actitud vital en el espíritu de la época. Una suerte de simbiosis aconteció entre ciencia y filosofía: la filosofía se llenó de informaciones científicas y la ciencia llevó a la práctica preocupaciones lógicas y metodológicas.

Ciertamente el empuje del ambiente ilustrado no careció de resistencias, toda vez que el escolasticismo continuaba siendo respaldado por la mayoría de instituciones, más aún, se incrementó el carácter virulento de las disputas de los escolásticos que “...sentían una opresión constante: Era opresión de sus conciencias. Algo los atormentaba: la modernidad” (González Casanova, 1948: 127). El declive del escolasticismo, cuya labor se había restringido a intentar racionalizar y sistematizar la fe, se topó con una actividad más consistente de la nueva ciencia y de la moderna filosofía: la de conocer y explicar la realidad, particularmente la natural. El fomento de la renovación estuvo apuntalado por el individualismo autodidacta y la factibilidad de comprobar los saberes y concretar su utilidad.

La manera como se corrobora la superación de la crisis de la escolástica estriba en la creciente inquietud por la exploración de nuevos ámbitos del

conocimiento, e incluso, deslindando fronteras. De esta manera, la Ilustración posibilitó el señalamiento de linderos entre la ciencia y la filosofía: a la primera le adjudicó, como rasgo distintivo del proceso investigativo, su carácter experimental y sus resultados susceptibles de ser utilizados para beneficio social; en tanto que a la segunda, sus preocupaciones humanas y mundanas al pugnar por la liberación de la hegemonía teológica.

II. La ciencia

Para ampliar las singularidades de la ciencia presentaré a continuación los atributos que entonces fortalecieron su distinción de la teología. La preocupación ilustrada por precisar el carácter del saber científico tuvo el interés de mostrar la importancia de éste, sin demeritar el saber de tipo teológico; así como evitar ser subyugado por él. El novohispano José Antonio Alzate planteó lo anterior en los términos siguientes:

“Tiene ...el teólogo necesidad de la verdadera física para desarraigar las supersticiones de que suele estar imbuido el pueblo cristiano, para juzgar sanamente de la oposición o conformidad de las opiniones con los dogmas sagrados, para muchas cuestiones de la moral, y finalmente para otros fines de su profesión. ¿Cómo podrá formar juicio recto de los milagros, si ignora las leyes de la naturaleza, y por consiguiente no puede distinguir los efectos ordinarios de ella de los que exceden la actividad de las causas naturales, y por tanto deben atribuirse a un principio superior a sus fuerzas?...” (Alzate, 1833:10).

Por esta razón, es factible identificar —como algunos estudiosos lo han hecho— a este movimiento cultural como ecléctico, tanto en la ciencia como en la filosofía y en otras manifestaciones de esta centuria, puesto que se intentó conciliar al saber racional con el ambiente religioso.



La postura descrita jugó el papel de evitar cualquier tutela para el desarrollo de las actividades científicas pues, en estricto sentido, la ciencia fue conceptualizada como un conocimiento aplicado a la realidad mundana, con sentido social y como forjadora de conciencia nacional, al responder a las exigencias concretas de la época y de las regiones. Para mostrar esta conceptualización, recurro a Juan Benito Díaz de Gamarra quien escribió: "... El conocimiento que se adquiere por medio de la demostración se llama *ciencia*. Ciencia a su vez se define: *el conocimiento cierto y evidente de una cosa necesaria, proveniente de la demostración*" (Díaz de Gamarra, 1984: 51). En consecuencia, el conocimiento científico se sustenta en el control de los resultados por la diligencia de las personas, a lo cual se puede añadir que la ciencia se erigió en saber explicativo, más que descriptivo.

Para otorgarle fundamentos sólidos al desarrollo científico, se le añadieron procedimientos que han servido para garantizar su progreso y construirlo en saber racional prototípico. Tal clarificación la estipuló el pensador antes citado con reglas para lograr el establecimiento recto de las cosas:

"Precepto I. No investigues las cosas que exceden las fuerzas de la mente humana... evita las cosas que no pueden absolutamente entenderse. No indagues las cosas posibles.

"Precepto II. Estudia con método y razón: aprende primero lo más claro y lo más fácil, con lo cual se dilucidará lo que sigue. No aprendas muchas cosas a la vez, sino medita separada y tenazmente cada una. Suprime las cosas inútiles y vacías, entrégate a las más útiles.

"Precepto III. Cuidate de las opiniones prejuzgadas que adquiriste por hábito familiar o en la escuela o del vulgo. Somete a examen cada una de las ideas y de las palabras y no asientas a ellas sin entender antes que son

así. No declares imprudentemente sobre las opiniones de los otros y no aprecies las cosas según el juicio de la turba, sino según el de los mejores" (*ibid.*: 78).

Es en el método de conocer donde se fundamenta el carácter paradigmático del conocimiento científico. Si bien existió interés por la epistemología de la ciencia, resulta que las preocupaciones dominantes sobre su cultivo radican en sus virtudes prácticas y de beneficio social. En esta orientación descolló la labor de todos los científicos ilustrados que vivieron en las colonias ibéricas durante el final del siglo XVIII y principios del siglo XIX, así lo testimonian las obras de José Antonio Alzate, José Ignacio Bartolache, Francisco José de Caldas, Antonio León y Gama, Antonio de Liendo y Goicochea, José Ignacio Pombo, Tomás Romay, José Tadeo Lozano, José Mariano Mociño, Hipólito Unanue, José Cecilio del Valle, por citar los casos más representativos. La mayor resonancia de ese interés benéfico lo encarna la preocupación por servir a la liberación, al grado de que Caldas llegó a señalar que: "La geografía es la base fundamental de toda especulación política" (citado por Hernández de Alba, 1983: 138).

Como instrumento de liberación, nada mejor que el conocimiento científico. Por él se explica el ambiente explosivo de publicaciones periódicas para poner al servicio de los alfabetos los saberes racionales, así como el fomento de las tertulias literarias y la formación de agrupaciones como las sociedades de «Amigos del país», que se erigieron en propugnadoras de la ciencia moderna, particularmente mediante el análisis y divulgación de sus resultados. Asimismo, se cultivó el conocimiento del territorio y la dilucidación de las virtudes de la realidad americana. Igualmente, se apreció a la ciencia natural como modelo de todo tipo de saber científico por su carác-

ter experimental; se propagó el método newtoniano como prototipo y fundamento del método científico; se aceptó la superioridad de las explicaciones científicas por su posición racional y por su verificabilidad, pero sobre todo, por la identificación de la ciencia como saber benéfico y útil, al evidenciar su aplicación en la solución de problemas. Con esta perspectiva teórica resulta explicable el hecho de que se priorizaran los saberes relacionados con la agricultura, la medicina, la minería, la urbanización, la técnica, entre otros.

Este conjunto de hechos, concepciones y acontecimientos generados en torno a la ciencia, permitió consolidar su cultivo; elevarla al rango de contenido imprescindible de la educación; considerarla como herramienta en la solución de problemas y, sobre todo, como forjadora de conciencia patria. Las vías que los científicos criollos trazaron para fortalecer la incipiente conciencia nacional consistieron fundamentalmente en:

a) usar las herramientas teóricas de la ciencia para profundizar el conocimiento de los territorios americanos y sus habitantes;

b) revalorar las informaciones científicas del pasado prehispánico para otorgar sustento a la incipiente identidad; y,

c) con base en ambas acciones, aportar conocimientos a la ciencia universal desde las colonias americanas.

De esta forma, se suministró la posibilidad de una ciencia americana.

A partir del fundamento anterior, es posible explicar las posturas asumidas por algunos de nuestros científicos frente a los botánicos españoles, quienes de manera autoritaria y soslayando los conocimientos locales, introdujeron nuevos sistemas clasificatorios como los de Carlos Linneo en historia natural y los de Antonio Lorenzo Lavoisier en química, y que por ello fueron cuestionados en un primer momento. Los mejores testimonios

que muestran las contribuciones de los científicos americanos y sus implicaciones sociales, como es el caso de la génesis de la conciencia patria, lo constituyen las más de cuarenta publicaciones periódicas que editaron y llenaron de informaciones en los últimos cincuenta años de vida colonial.

En reconocimiento a la importantísima labor de los científicos europeos avecindados en las colonias americanas tiene que destacarse su contribución en la construcción de la conciencia patria, no sólo porque varios de ellos ayudaron a formar nuevos hombres de ciencia, sino porque los resultados de sus investigaciones proporcionaron datos, informaciones e interpretaciones que favorecieron y manifestaron su amor a la naturaleza americana, al grado de que algunos decidieron permanecer en los nuevos países.

De la galería de hombres de ciencia europeos que llegaron a las colonias americanas y concurrieron en la formación de la ciencia nacional a través del impacto de sus obras, tenemos a Antonio de Alcedo, Amado Bonpland, Vicente Cervantes, José Coquette, Andrés Manuel del Río, Fausto de Elhuyar, Juan José de Elhuyar, Tadeo Haenke, Alejandro de Humboldt, Jorge Juan de Santacilia, José Longinos Martínez, Alejandro Malaspina, Francisco Martínez, José Celestino Mutis, Martín de Sessé, Antonio de Ulloa.

Tanto científicos criollos como avecindados favorecieron la génesis de la independencia mental y así sentaron pilares para las ulteriores luchas de independencia política que florecieron por todas las colonias americanas.

III. La filosofía

Con respecto a la distinción entre la filosofía y la teología que se perfiló en esta época, es pertinente señalar que desde la introducción de la filosofía occidental en América, en el siglo XVI, hasta la primera mitad del siglo XVIII, los centros educativos donde se culti-

vaba esta disciplina la restringieron a la escolástica, por lo que se generó una visión negativa, infértil e inútil de la filosofía. Tal postración empezó a ser superada por la actividad de los religiosos mismos, en particular de los jesuitas, que dinamizaron el cultivo de este saber racional mediante el tratamiento de autores y tópicos de los fundadores de la filosofía moderna. Así, se empezó a hablar de las ideas de pensadores como Bacon, Descartes, Duhamel, Gassendi, Leibniz, Locke, Malebranche, Spinoza, entre otros. Diversos textos lo confirman, así como la renovación de temáticas de los programas de estudio. Descollaron personajes como Diego José Abad, Francisco Javier Alegre, Isidoro de Celis, Francisco Javier Clavijero, Juan Benito Díaz de Gamarra, José Baquijano, José Agustín Caballero, Juan José de Eguiara y Eguren, Eugenio de Santa Cruz Espejo, Mariano García, Miguel Hidalgo, Juan de Dios Juarros, Mariano José López Rayón, Antonio Nariño, José Félix Restrepo, Simón Rodríguez, Juan Félix de Villegas, Francisco Antonio Zea, entre los más importantes.

La enseñanza y obra filosófica de estos pensadores representó el paso de la filosofía escolástica a la filosofía



crítica, la cual significó la liberación de las ataduras de la teología. Fue un largo y tortuoso proceso de desescolastización de la filosofía, sobre todo porque en el ambiente cultural colonial, la filosofía escolástica tenía razón de ser en tanto que contribuía a apoyar a la teología, además de que aclaraba y precisaba el mundo cristiano. Así, la escolástica recibió con una crítica radical las manifestaciones de la filosofía moderna:

“... Mucha resistencia de los escolásticos se debía a que los modernos no presentaban argumentos convincentes en filosofía. Podrían haber avanzado mucho en ciencia empírica, pero en muchas cosas la teórica y abstracta lógica formal de los escolásticos era muy superior... En filosofía, la modernidad no las tenía todas consigo, y no era tan contundente como la ciencia que desarrollaba. Además de que no era tampoco, sin más, una filosofía que fuera digna acompañante de la ciencia en torno a la cual surgía, ni por el hecho de ser científicos tenían los modernos una filosofía muy clara y científica” (Beuchot, 1996: 28-29).

Este tipo de crítica es justa en tanto que se reconozca el carácter profano de la filosofía moderna, a la que no sólo se le percibía como inútil sino como instrumento que desafiaba lo establecido. Por fortuna, los pioneros de la filosofía moderna encontraron vías para demostrar que además de benéfica, era necesaria, en particular en el campo de la fundamentación del conocimiento científico, al grado de que la lógica adquirió una instrumentación metodológica, pero también por las reflexiones históricas y antropológicas que conllevaba y que coadyuvarían a la consolidación de una conciencia sociopolítica. De esta manera, la filosofía moderna merió eficazmente la tutela teológica y recuperó su virtud crítica de la realidad.

La renovación filosófica se ciñó a límites que estuvieron determinados por la atmósfera religiosa dominante,

en consecuencia, el calificativo de ecléctica le resultó adecuado en tanto que trató de conciliar tal ambiente con los rubros desarrollados por los autores que le sirvieron de fuente para tomar a la razón y a la experiencia como principios de verdad. Quien dio la pauta para identificar a la filosofía moderna como ecléctica fue uno de sus promotores, Juan Benito Díaz de Gamarra, que señaló: "... Nosotros... que profesamos la filosofía ecléctica, depuesta toda afección de partido, ni impugnamos a los filósofos antiguos por viejos, ni alabamos a los modernos porque sean modernos, sino precisamente porque... parecen arrebatarse la palma a los antiguos en muchos puntos, como probamos en numerosos lugares..." (Díaz de Gamarra, *op. cit.*).

La recuperación de nuevas temáticas y preocupaciones de la filosofía sobre cuestiones vinculadas con la realidad americana fue lo que permitió generar posiciones esclarecedoras de la nueva función de la filosofía moderna. Asimismo, se recuperó a la ciencia como asunto filosófico, con lo cual aventajó y se diferenció de la escolástica. De esta manera, puede afirmarse que la nueva filosofía se convirtió en semilla para la conformación de otra forma de pensar, cuya germinación culminó en el desarrollo de conciencias nacionalistas.

La modernidad de las ideas filosóficas consistió en tomar nuevos tópicos de reflexión, en cultivar inéditas concepciones e interpretaciones, en buscar y obtener resultados prácticos, en interesarse por el beneficio social, en propugnar por la renovación de la concepción educativa, en anclar en el pasado los fundamentos de la identidad, en conformar ideas convincentes sobre la realidad natural, en delinear nuevos derroteros de convivencia social, en cuestionar el principio de autoridad y en recuperar para el hombre su trascendente función de autognosis. Por ello, la filosofía moderna, como la nueva ciencia, contribuyó a generar

una atmósfera cultural revolucionaria, pues desparramó su condición liberadora, cuya principal consecuencia consistió en aportar los valores e ideales por los que lucharon los padres de las naciones latinoamericanas.

IV. Compromisos revolucionarios de científicos y filósofos

Los ilustrados novohispanos que no sólo comprometieron sus reflexiones sino su vida o participación protagónica en la configuración y de la ciencia son, en la Nueva España: José Antonio Rojas, Casimiro Chovell, Mariano Jiménez, Ramón Fábí, Rafael Dávalos e Isidoro Vicente Valencia, quienes fueron sacrificados. Otros personajes como José María Luis Mora y Valentín Gómez Farías fungieron como diputados y participaron en el poder ejecutivo, el segundo como vicepresidente y presidente. En Perú destacan: José Hipólito Unanue, José Pezet y Miguel Tafur, que se desempeñaron como diputados, incluso, Unanue fue además de presidente del Congreso Constituyente, ministro del primer gobierno y con Simón Bolívar, presidente del Consejo de Ministros. En Nueva Granada hay que mencionar a: Joaquín Camacho, Miguel de Pombo y Francisco José de Caldas, quienes entregaron su vida en la lucha independentista. Asimismo, contribuyeron al diseño de Colombia: Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, quienes fueron diputados, además de que Lozano se desempeñó como primer ministro de Cundinamarca. En Guatemala, se debe subrayar la labor de José Celestino del Valle quien fungió como diputado y como presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Entre los pensadores destacan, en Nueva España: Juan Pablo Catadino —procesado por la Inquisición en 1795 por contar con un ejemplar de la Constitución Francesa y del *Elogio de Montesquieu*, de Maupertis (Miranda, 1978: 170-171)—, así como Miguel Li-

dalgo y José María Morelos y Pavón, quienes fueron fusilados. En Nueva Granada sobresalieron: Antonio Nariño como presidente y José Félix Restrepo; en Perú, José Baquijano; y en Cuba, Agustín Caballero.

Todos tuvieron en común su adscripción social criolla, por lo cual las investigaciones científicas y filosóficas, así como sus resultados, ayudaron a consolidar los sentimientos nacionalistas exaltados por la rebelión e independencia de las colonias inglesas, y por la revolución francesa. La ciencia y la filosofía modernas aportaron los elementos que confluyeron en la dinamización cultural y, en consecuencia, en la radicalización de la conciencia americana independentista.

Quizá la principal contribución de los cultivadores de la ciencia nueva y de la filosofía moderna estriba en el patrocinio de los valores de la modernidad, cuyo influjo social provino de que fueron connotados hombres de cultura, autodidactas —para ser contemporáneos en los avances alcanzados por sus pares europeo— de arraigado prestigio intelectual y literario, de solvencia moral indiscutible, y con capacidad de elocuencia para convencer acerca de la importancia de cultivar actitudes abiertas y liberadoras. Todo ello los define como hombres que supieron leer las improntas de su tiempo, y que tuvieron un profundo compromiso social.

La trascendencia de la Ilustración en América Latina radicó en sentar las bases de la ulterior conformación de nuestros países. Se le identificó principalmente con la nueva ciencia y la filosofía moderna, sobre todo por la actitud cuestionadora de estos saberes, por la lucha contra los prejuicios y por el interés de aportar elementos para el logro de la reforma económica y social. Ciertamente, la ciencia y la filosofía renovadas fueron los elementos constitutivos principales de la Ilustración aunque no los únicos. De todas formas, el lla-

mado que este movimiento hizo en favor de la liberación mental es la clave que explica tanto la renovación cultural como la inscripción de científicos y pensadores a las luchas independentistas por el afán de concretar proyectos societarios donde imperaran los valores de democracia,

igualdad, justicia, libertad y tolerancia.

En consecuencia, la actualidad de la Ilustración latinoamericana a fines del milenio estriba en recuperar su espíritu ante el resurgimiento de los fundamentalismos que, por cierto, muchos pensaron habían sido superados. La vuelta a la razón y al principio

de la crítica es un paso sano y necesario para enfrentar los esoterismos y la acrecentada dependencia de nuestros países, sin perder de vista que el hombre es la causa y justificación de toda preocupación filosófica, así como el fin último de cualquier actividad científica. ■



BIBLIOGRAFÍA

Alzate, J. A. (1831). "Elogio de la física moderna", en *Gacetas de Literatura de México*. Tomo II. Hospital de San Pablo, Puebla.

Armaiz y Freg, A. (1964). "Palabras de clausura del Simposio sobre la Ilustración en la América Latina", en Beltrán, E. (ed.). *Memorias del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*. Tomo II. Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, México.

Beuchot, M. (1996). *Filosofía y ciencia en el México dieciochesco*. UNAM, México.

Díaz de Gamarra, J. B. (1984). *Elementos de filosofía moderna*. UNAM, México.

González Casanova, P. (1948). *El misonicismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*. El Colegio de México, México.

Hernández de Alba, G. (1983). "Naturaleza, ciencia y hombre en la expedición botánica", en *Ideas y Valores*. No. 63, diciembre. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Lohmann Villena, G. (1984). "La biblioteca de un peruano de la ilustración: el contador Miguel Feijó de Sosa", en *Revista de*

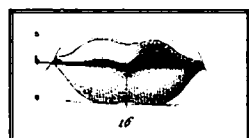
Indias. Vol. XVII, No. 174, julio-diciembre. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Miranda, J. (1978). *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas*. UNAM, México.

Osoyo Romero, I. (1986). *Historia de las bibliotecas novohispanas*. SEP, México.

Saladino García, A. (1995). *Ciencia y prensa durante la Ilustración Latinoamericana*. UAEM, Toluca.

Sodré, N. W. (1983). *História da imprensa no Brasil*. Martins Fontes, São Paulo.



Canadian Journal of Development Studies

Editorial Policies

All articles submitted to the Canadian Journal of Development Studies are assessed anonymously by two or more outside readers. Multiple submissions are not accepted.

The journal is not responsible for the opinions expressed in the articles.

Université d'Ottawa
University of Ottawa



University of Ottawa
538 King Edward Avenue
Ottawa, Ontario
Canada K1N 6N5
Telephone: (613) 562 58 00 ext. 1561
E-mail: dvuong@uottawa.ca

Submission of Manuscripts

Manuscripts should be sent in three copies to the editorial office. They should include an abstract (with a résumé in french) of no more than 100 words, a short biographical note of the author (s), and a list of references. Manuscripts should be more than 30 pages, including the list of references, all double-spaced and printed on one side of the paper only. Articles should have an introduction and conclusion. Titles of sections and subsections should be numbered in Roman numerals, alphabetic capitals and Arabic numerals, successively.

Tables, figures and maps should be numbered consecutively and placed on separate pages. Their location in the text should be indicated. Maps or graphs must be in cameraready copy.

Style of References

For references in text, the author- date method of reference should be used, e.g. (Smith, 1980), (Jones, 1987, p. 10; Jackson, 1990, chap. 2). Endnotes are limited to content notes only, and should be numbered consecutively and placed on separated pages at the end of the paper.

The List of References is limited only to references cited in the article. The Journal uses the following style of references:

- book
McClelland, D., *The Achieving Society*. Princeton, New Jersey, Van Nostrand, 1961.
- edited book
Berger, M. and M. Buvinic, eds., *Women's Ventures: Assistance to the Informal Sector in Latin America*. West Hartford, Kumarian Press, 1989.
- article in book
Rostow, W.W., *The Take Off into Self-Sustained Growth*, in Finkle, J.L. and R.W. Gable, eds., *Political Development and Social Change*. New York, John Wiley and Sons, 1971.
- journal article
Keller, B. and D.C. Mbewe, *Policy and Planning for the Empowerment of Zambia's Women Farmers*, *Canadian Journal of Development Studies*, 12, 1991, p. 75-88.

E-mail: dvuong@uottawa.ca